

CELCIT. Dramática Latinoamericana 258

EL ULTIMO BARCO

César De María

PERSONAJES: 6

ANDRÉS BARCO, 9 años

Salvador Barco, 80 años

Moisés Barco, 40 años, muerto en un accidente aéreo

Mamá de ANDRÉS y viuda de Moisés

El PROFESOR de Lenguaje

La mujer del sueño

Futbolistas, pescadores, voces, vecinos, sombras

Para mi hermana Consuelo

Escucharé a los muertos hablar
para que el mundo no sea como es,
pero debo besar un rostro vivo
para vivir mañana todavía.
(Washington Delgado,
Para vivir mañana)

Y hay pescadores negros en alta mar perdidos;
para ellos eres, patria, la tierra prometida
y seguirán remando mientras no den contigo.

(Juan Gonzalo Rose,
Contrapunto de la Patria)

Acción en una casa modesta de La Victoria, en el mar de Ventanilla, en Pucallpa
y en otros lugares, más o menos definidos.

I.

ANDRÉS se acerca al PROFESOR: al salir del colegio.

ANDRÉS: Profesor, ¿esa es su pelota?

PROFESOR: Sí.

ANDRÉS: O sea que le gusta el fútbol. (Pausa) A mí también.

PROFESOR: Ah.

ANDRÉS: ¿Y no le gusta escribir? Usted es Profesor de Lenguaje.

PROFESOR: Sí, me gusta.

ANDRÉS: Ah. A mí también. (Pausa)

PROFESOR: ¿Quieres conversar? Ya sé: quieres jugar fútbol.

ANDRÉS: Sí. Yo jugaba bastante con mi papá. Él me despertaba tempranito, me quitaba la sábana y decía: ¡arriba las ganas! Y nos íbamos al parque a...

PROFESOR: Pero ya es hora de irte a tu casa. Ya va a cerrar el colegio. Tu mamá te estará esperando.

ANDRÉS: Mi mamá debe estar llorando. Usted no sabe lo que pasó.

PROFESOR: Sí sé, Andrés. Todos sabemos.

ANDRÉS: ¿Y por eso no me hablan, verdad? Este año nadie me conversa, mis amigos me miran como bicho raro, no me invitan a jugar con ellos... y mejor, porque mi mamá me ha prohibido el fútbol.

PROFESOR: ¿No te deja jugar?

ANDRÉS: Si me ve jugando se pone a llorar. Hasta regaló mi pelota. Si tuviera la mía sería diferente. (Pausa) ¿Ya se va?

PROFESOR: No. Tú ya te vas. Yo tengo que corregir exámenes.

ANDRÉS: Yo quería ser futbolista. Pero ahora que lo veo, creo que voy a ser

PROFESOR: ¿Le gusta ser Profesor?

PROFESOR: Todos los días veo cosas diferentes.

ANDRÉS: Yo también. Me gusta mirar. Hay una chica que pasa por mi casa todos los días, pero no me habla. Tiene bicicleta. (Silencio) Mire: la luna salió temprano. Me voy. Si se pone roja y la ve mi abuelo, usted no sabe... (Sale)

PROFESOR: Claro que sé, Andrés. Todos sabemos.

II

Música, viento, risas.

El mar.

Una cama flota sobre las olas blancas y azules.

Un anciano ríe en la cama. Su pijama es también blanquiazul.

Sentada en una piedra, una joven casi desnuda lo llama con gestos. Sólo lleva un velo radiante, ligero.

Coquetean.

Risas. Pájaros. Olas.

La piedra y la cama se acercan relucientes.

De repente la mujer desaparece.

Oscuridad y viento alrededor del viejo desconcertado.

Aparecen sombras entre las sombras: son futbolistas de pie, rezumando agua marina de los uniformes.

El abuelo espantado y feroz se refugia entre las sábanas.

Los hombres muertos reclaman sin moverse.

ABUELO: ¿Qué quieren? ¿Quiénes

son? HIJO: ¿No me reconoces?

FUTBOLISTA I: ¡Cumple tu tarea!

HIJO: ¿Hasta cuándo voy a esperar que me devuelvas la vida?

FUTBOLISTA II: Ya se va a cumplir un año.

HIJO: Hemos venido tres veces a verte.

ABUELO: Ya estoy viejo. Ya no creo en sueños.

FUTBOLISTA I: Eres un cobarde.

HIJO: Mal padre.

ABUELO: ¡No me hables así!

FUTBOLISTA I: Se cayó el avión y no hiciste nada.

HIJO: ¡A ver si ahora te atreves!

ABUELO: ¡No me retes! ¡Inútil, yo sí me hubiera

salvado! FUTBOLISTA II: Hasta las mujeres fueron a la

playa. HIJO: Y tú no me buscaste.

FUTBOLISTA I: Aparecí yo, comido por los cangrejos.

FUTBOLISTA II: Y yo, negro entre algas negras.

FUTBOLISTA I: Sólo quedó en el fondo tu hijo.

ABUELO: ¿Es mi culpa? ¿Qué quieren que haga? ¿Para qué?

FUTBOLISTA I: Si lo sacas antes del año, lo salvas del infierno.

ABUELO: Y si lo salvo, ¿vuelven a aparecer?

FUTBOLISTA I: Jamás.

ABUELO: Pesadillas, malditas pesadillas. Váyanse. Toda la vida las he aguantado.

FUTBOLISTA I: ¡Más pesadilla es la muerte!

ABUELO: ¡No molesten! (Pausa) ¡Voy a ir!

HIJO: Construye un bote. Róballo. Toca el silbato y apareceré. Encuentra mi cuerpo porque sino... me friego.

ABUELO: En vida ya estabas fregado y ahora vienes a joderme a mí. Lo haré para poder dormir. Sólo por eso.

FUTBOLISTA II: Lo dices llorando. FUTBOLISTA

I: Te ahogas con cuatro lágrimas.

FUTBOLISTA II: Piensa en cómo nos ahogamos nosotros.

HIJO: Búscame, papá.

FUTBOLISTA I: No tengas odio.

FUTBOLISTA II: No tengas miedo.

LOS TRES MUERTOS, A CORO: ¡Ten compasión!

III

En la casa. Andrés pone un disco en un viejo tocadiscos; luego se sienta a escribir una carta.

ANDRÉS: Querida Sandra del Uruguay:

Me llamo Andrés, tengo 9 años, encontré tu nombre en El Comercio y quiero ser tu amigo por correspondencia.

Estudio en el colegio y estoy en tercer año. Me gustan todos los cursos pero más el de Lenguaje. Cuando sea grande voy a ser escritor. A mi papá le gustaba todo lo que yo escribía. Su avión se cayó en el mar, frente a Ventanilla. Era el contador de Alianza Lima, el mejor equipo del Perú. ¿Te gusta el fútbol? A mi mamá no. A mi abuelo sí, pero sólo para renegar. Toda la vida renegaba hasta que se enfermó. Dicen que porque era borracho ahora el cuerpo no le funciona bien. Yo lo cuido aunque me grite porque lo quiero mucho. Me jala el pelo y me da cocachos pero igual lo quiero, y cuando llora dormido me levanto a taparlo. Siempre tiene pesadillas. Ahora se quiere escapar al mar para buscar a mi papá, que nunca apareció. Se llamaba Moisés Barco. Ese es mi apellido, y el de mi abuelito.

Mañana te mando esta carta, ya se levantó y tengo que vestirlo antes de ir al colegio. Contéstame y te cuento más.

Andrés Barco

IV

El niño atiende al abuelo que se pone una camisa sobre otra.

ANDRÉS: Abuelito... ¿te has vestido solo?

ABUELO: Hoy día no estoy para ti. No existes. No te veo. (Pausa) Alcánzame el bastón. (Pausa)

ANDRÉS: No existo. No me ves.

ABUELO: ¡Alcánzamelos, carajo! (Lo

recibe) ANDRÉS: ¿Qué se dice?

ABUELO: ¡Fuera! (Busca entre cajas de cartón) ANDRÉS:

(Desde la puerta) Esas cosas son de mi papá.

ABUELO: Yo agarro lo que me da la gana. Necesito un mapa de la ciudad. Tengo que llegar a la playa.

ANDRÉS: En la bolsa verde.

ABUELO: Ya sé. (Se viste)

ANDRÉS: Abuelo... te estás poniendo otra camisa.

ABUELO: ¿Y a ti qué?

ANDRÉS: Ya tienes tres. Esa es la cuarta.

ABUELO: Tengo frío, huevón. ¿Qué hacen acá mis libros? ¿Los van a botar?

ANDRÉS: Mi mamá quiere vender todo. No tenemos plata.

ABUELO: ¿Y por qué no te vende a ti? Qué va. Niños como tú se regalan.

ANDRÉS: ¿Vas a tomar tu té?

ABUELO: ¿Dónde está la ociosa de tu madre? ¿Durmiendo? Ella se llena de pastillas y a mí me dicen borracho. ¿Cuál es el mar?

ANDRÉS: La parte azul donde acaban las líneas.

ABUELO: Ya sé, miércoles, pero no lo veo. Señálame.

ANDRÉS: Acá. (Señala el mapa)

ABUELO: Ahí me espera. Donde está la señal de la cruz. ¿Tú la dibujaste?

ANDRÉS: Mi mamá.

ABUELO: ¿Dónde están mis anteojos?

ANDRÉS: Los rompiste hace tres meses.

ABUELO: ¿Y ahora cómo llego? ¡No puedo caminar si no tengo anteojos!

ANDRÉS: No te vayas. Tengo que abrigarte. Tu desayuno está en la mesa.

ABUELO: Para eso está tu madre, maricón. ¿Dónde puse las llaves? ¿Cuál de todas es la llave de la casa?

ANDRÉS: No puedes salir.

ABUELO: Me tiro por la ventana.

ANDRÉS: Ese llavero es viejo. ¿De dónde lo has sacado?

ABUELO: Son las llaves de mi vida. Y a ti qué te importan. (Pausa) Vas a llegar tarde al colegio.

ANDRÉS: No interesa. Voy a esperar hasta que mi mamá se despierte. ¿No quieres pan?

ABUELO: A ti qué te importa. (Pausa. Come) Me va a hacer falta. El bombero más flaco muere primero. ¿Sabes que yo fui a la guerra con Ecuador?

ANDRÉS: ¿Ah, sí? ¿Quién ganó?

ABUELO: Perú, pues, huevón. Perú ha ganado sólo esa guerra. Yo mismo tuve que ir para ganarla. Y también nos daban pan duro.

ANDRÉS: ¿Por qué no escuchas tu radio?

ABUELO: No tiene pilas.

ANDRÉS: Hace tres meses que no tiene pilas y todos los días lo escuchas.

ABUELO: ¿Ah, sí? Pero hoy es diferente. Soy otro. Tengo algo que hacer.

ANDRÉS: ¿Qué cosa?

ABUELO: No me acuerdo. ¿Y mi bastón?

ANDRÉS: En tu mano.

ABUELO: ¿Y el silbato? El de tu padre.

ANDRÉS: Toma, no lo pierdas. (Pausa) Si me esperas, voy contigo.

ABUELO: ¿Adónde? No voy a salir.

ANDRÉS: Ayer me contaste tus sueños.

ABUELO: Nadie se acuerda de sus sueños. ¿Acaso la vida es sueño? Y si la vida es sueño, ¿para qué mierda dormimos, ah? Responde. (Silencio) Ya vengo. ANDRÉS: Espérame, abuelito. (Lo besa en la frente) Me despido. (Toma sus cuadernos)

ABUELO: ¿Y esa carta? Ten cuidado. Las cartas que no se mandan se incendian solas en el cajón. (Pausa) ¿No te estabas yendo? Chao.

ANDRÉS: Chao. (Andrés sale)

ABUELO: ¿O sea que no me acompañas? Conste que te lo pedí por las buenas. Me buscaré un amigo. ¡Maricón!

V

Mamá y el marido muerto toman café a la luz de una vela.

MAMÁ (enamorada): ¿Te gusta la iglesia de Jesús María?

Si te hago la misa ahí... ¿te quedas?
¿Y si la hacemos en La Punta, cerca al mar?
(Silencio)
Nunca me contestas.
Siempre fuiste así, de aire.
No se te puede agarrar.
¿Por qué vienes, entonces? ¿Por el café?
¿Es lo único que hago bien?
Contigo me gusta la
oscuridad. Contigo no tengo
miedo. Contigo todo.
Pero no sabes querer. Sólo sabes irte.
¡Espera!
¿Voy a volver a verte?
Te gustan las cosas escondidas, al vuelo.
Así nos casamos.
¿Así te escapabas también?
¿Con quién te fuiste?
Seguro que tienes otra en el fondo del mar.
¡Perdón, perdón! No vuelvo a molestarte con mis celos.
Prométeme que voy a soñar contigo otra vez.
Sí puedes.
Tú eres el que decide mis sueños.
Cuando se cumpla tu año, tienes que...
¿No?
¿Cómo que nunca más?
No me digas eso.
Hasta muerto me haces sufrir.
(Pausa)
Se te acabó el café.
No digas nada. Sólo dame un beso.

No. No apagues la luz.

(El aparecido sopla la vela)

VI

En la calle. El abuelo toca un timbre y grita hacia el segundo piso. Alguien asoma arriba. Luego aparecerá otro vecino en otra ventana.

ABUELO: ¡Cabo Mendieta! ¡Cabo Mendieta!

HOMBRE: ¿Quién es?

ABUELO: ¿Dónde está el Cabo Mendieta?

HOMBRE: No me grite. Acá no vive ningún Mendieta.

ABUELO: ¿Cómo que no? Yo lo deje acá después de su fiesta de despedida.

HOMBRE: ¿Cuándo?

ABUELO: En el año 81. El primero de abril del 81. ¿Seguro que no está?

HOMBRE: No.

ABUELO: El bombero que fue topógrafo del ejército, Oscar Mendieta.

HOMBRE: ¿Cómo era?

ABUELO: Calvo.

HOMBRE: ¿Viejo?

ABUELO: No tanto. Como yo. Tenía mapas, sogas, equipo. Un hombre muy preparado. Lo necesito para ir hasta Ventanilla.

OTRO HOMBRE: Para Ventanilla tome la 28, los carros azules.

ABUELO: ¿Y Mendieta? ¡Pásele la voz! Él fue mi jefe. Quería ser comandante general. Estudioso, trabajador. Hasta camilla tenía, brújula, flotadores... Salió porque se quebró la pierna derecha.

HOMBRE: ¿Un viejito cojo? ¡Ya sé! Acá vivía su hija.

EL OTRO: ¡Ah, ése! Pero él se murió hace tres años. Se lo llevaron cargado y no regresó.

HOMBRE: Después se mudaron. Ya no vive aquí.

EL OTRO: Ya no vive.

ABUELO: ¿Y no ha dejado nada? Era marino. No puede ser. Si era menor que yo.

¿Por dónde se lo llevaron cargado?

HOMBRE: Por allá, a la asistencia.

ABUELO: ¿Y la 28 por dónde se toma?

EL OTRO: Por allá también.

ABUELO: Eso es una señal. Ya sé dónde está Mendieta.

(Sale)

VII

Anbdrés lee en su colegio.

ANDRES: Tarea de Composición Titulada: El mejor peruano de todos.

Para mí, el mejor peruano es Miguel Grau. Dicen los libros que era un buen padre y un buen marinero. Hundió varios barcos chilenos pero a los enemigos los rescató del mar y no les disparó con la metralleta como hacían ellos. Nunca se rindió y murió peleando, por eso estoy orgulloso de él. Y también estoy orgulloso de mi papá, de mi mamá y de mi abuelo. Mi papá murió en el mar como Miguel Grau. Mi mamá dice que ella se va a la guerra todos los días. (a los demás) No se rían, en serio. (Sigue) Y mi abuelo dice que hoy va a sacar a mi papá del mar. Está un poco loco porque ya está viejo, pero dicen que todos los héroes son locos. Va a irse al mar, va a buscar un bote y se lo va a robar para meterse remando hasta la parte oscura donde acaba el Perú. Allí está mi papá, porque nunca lo encontraron. Allí están todos los que murieron en el mar, como Grau. Todos los papás que los niños peruanos extrañamos están en la línea negra donde termina el mapa. Algún día seremos grandes y también seremos papás. Saldremos a buscar trabajo como mi mamá o a buscar a nuestros hijos como mi abuelito, y sabe Dios lo que encontraremos. Dice mi mamá que siempre hay que vivir contentos porque el futuro va a ser peor. Yo quisiera que a todos nos vaya bien, que no nos roben y no nos maten. Quisiera ser un héroe, o un futbolista que mete goles, o un PROFESOR: bueno con los niños para que todos me quieran. Yo no quiero ser chiquito como me dicen las señoras en el mercado. Cuando yo crezca ya van a ver que no soy como piensan. Y me van a querer todos y me va a saludar la vecina de trenzas, la que no me hace caso, la que tiene bicicleta. No se rían.

Cuando yo sea grande voy a ser un héroe muy bueno y todos me dirán: míralo, igualito a Miguel Grau.

VIII

Mamá en un taller de costura, en una entrevista de trabajo.

MAMÁ: ¿Si yo sé coser? Claro que sí. Todas las mujeres sabemos.

¿Cómo es el escudo del Perú? Arriba hay un caballito, ¿una vicuña? Y un árbol, y un cuerno de la abundancia.

¿Cuánto pagan la hora? Yo puedo bordar lo que quieran. ¿En mi casa? ¿Acá? No importa. El horario tampoco.

¿Cómo? ¿Bordar arbolitos paga más que bordar cuernos? ¿Por qué? El cuerno es más fácil, más grande, tiene razón. ¿Cuántas monedas tiene? ¿Y cuánto pagan? No importa. ¿Comienzo hoy? Hilo verde, dorado, marrón... ¿me van a dar agujas? ¿Y si se me acaba el hilo dorado, cómo queda la cosa? Todo depende de un hilo, ¿no?

¿Me da un adelanto?

Qué lindo es el escudo del Perú.

IX

Frente al mar, en Ventanilla, dos pescadores advierten al abuelo que mira absorto al horizonte.

PESCADOR I: Abuelito, ¿a dónde va? Tenga cuidado porque el mar es peligroso.

PESCADOR II: Traicionero.

PESCADOR I: En este mar se ahogan los veraneantes. PESCADOR II: El sobrino de Tula.

PESCADOR I: Acá se murió Alianza Lima. Ahí mismito, al frente suyo... PESCADOR II: Y los hijos de la Hortensia... ¿usted se enteró?

PESCADOR I: ¿Ve esa mujer que está allá, llorando? Acá se perdió el "Santa Rosa

tercero", un bote lleno de pescadores. Salieron a recoger hace como un mes y no volvieron.

PESCADOR II: El mar los recogió a ellos.

PESCADOR I: Dicen que las almas de los futbolistas se abrazan de los nadadores y los hunden...

PESCADOR II: Hacen hueco a las redes.

PESCADOR I: Rompen el fondo de las bolicheras.

PESCADOR II: Este es el mar de las calaveras, abuelo. No se vaya a meter.

PESCADOR I: No te oye, creo, está medio loco, ¿no?

PESCADOR II: Hace muecas.

PESCADOR I: Habla con el cielo.

PESCADOR II: ¿Qué miras, abuelo, los botes? ¿Quieres un paseo en bote?

PESCADOR I: ¿Adónde vas, viejo?

PESCADOR II: Abrígate. ¿No sientes ese airecito? Sopla el viento de la muerte.

X

Andrés en su casa. vuelve del colegio. En paralelo, su abuelo en el mar.

ANDRÉS: ¿Abuelito? ¡Abuelito! ¿Dónde estás? No me digas que te fuiste. Yo te iba a acompañar.

ABUELO: Mendieta, por fin apareces. Mira, tengo el agua al cuello. ¿Te acuerdas del pozo en el Rímac, cuando salvamos al viejo? Un viejo se mete sin saber, son audaces los viejos porque no tienen nada que perder. En cambio los niños son audaces porque son cojudos...

ANDRÉS: Abuelito, ¿dónde estás? Virgencita, si me devuelves a mi abuelito yo te juro que hago lo que quieras. Lo acompaño a donde sea. Hago lo que me pida. Abuelito, ¿dónde estás?

ABUELO: No te veo bien, Mendieta. El agua me da frío. Todo lo he planeado como en los buenos tiempos. Conté los postes: 11, hasta el primer bote. Apenas llegue lo desato y a remar. Mendieta, tú a la derecha, como cuando pateábamos puertas para meternos al fuego. Pero el agua es otra cosa, Mendieta. Me pican

los ojos. Me duelen los pulmones. Esa no es tu cara, Mendieta. Es esa mujer que me llama en sueños. Si hubieras llegado a Comandante yo te hubiera contado lo que pasó con ella... Ahora no, ¿no ves que...? Sálvame, hombre, ¿no ves que me estoy hundiendo?

ANDRÉS: Devuélvelo, Virgencita, y te juro que yo... (Pausa) ¡En Ventanilla! ¡Se fue a Ventanilla! (Sale corriendo)

ABUELO: El silbato... no suena en el agua. Ya no me pican los ojos. También el frío quema, Mendieta. No me digas que te moriste, ¿cuándo? ¡Mendieta, no me dejes solo! ¡Los bomberos en pareja, Mendieta! ¡En pareja viven, en pareja mueren! ¡Mendieta!

(Oscuridad)

XI

Mamá pone el disco que tocó Andrés al comenzar la obra.

Baila. Se detiene entristecida. Suspira y lo saca del tocadiscos.

MAMÁ: Nunca más voy a llorar con este disco. Voy a bordar hasta quedarme sin dedos, y lo primero que va a tener es su bicicleta, te juro por Dios que se la compro aunque me muera de hambre. Ya no me vas a hacer llorar. (Baila en silencio) ¿Y a qué hora llega este chico? Toca este disco y se pone a llorar, lo pone y lo pone y lo pone... y yo no lo puedo parar. Ya no habla. Yo lo voy a cuidar. Ya no cuenta chistes. De repente oyó el disco y se escapó. De repente no vuelve por culpa de esta canción. Estábamos bailando el día que tú... Nos tocaron la puerta y no escuchamos. Volvieron a tocar y abrimos, y apareció la vecina, llorando. Y la bruta, delante de mi Andrecito... Desde ese día... (Pausa) ¿Por qué se demora? ¿Y si le ha pasado algo? (Tocan) No puede ser. No están tocando. No están tocando. No son malas noticias. (Tocan) ¡No es-tán to-can-do! (Pone el disco a todo volumen, se cubre los oídos y se para de espaldas a la puerta. Tocan con insistencia)

XII

Tocan con desesperación. Un hombre abre la puerta desde dentro y Andrés cae de rodillas, afuera.

ANDRÉS: Profesor... mi abuelito se ha... se ha perdido. (Llora)

PROFESOR ¿Pero cómo? ¿Qué pasó? Entra...

ANDRÉS: Yo no lo quise acompañar. Creí que no iba a ir...

PROFESOR: ¿Adónde?

ANDRÉS: ¡A Ventanilla! El no quería que yo vaya. ¡Él me pega siempre, no fue mi culpa!

PROFESOR: ¿Qué ha pasado?

ANDRÉS: Se ha escapado, ¿no le he dicho?

PROFESOR: Siéntate. Cálmate. El se puede cuidar solo, ¿no dices que es bombero?

ANDRÉS: Era, ya está viejo. Mi mamá me lo encargó. Me va a decir que no lo cuidé bien...

PROFESOR: Tranquilo. Descansa. Yo voy a buscar a tu mamá.

ANDRÉS: Si ella viene me va a castigar, PROFESOR:.. Y yo no tengo la culpa.

PROFESOR: Ya va a aparecer. Si está tan viejo, no ha llegado lejos.

ANDRÉS: Está loco, Profesor. Habla solo. Tiene pesadillas. Se olvida de quienes somos. Yo era el único que sabía su plan...

PROFESOR: Tómame esto, estás helado...

ANDRÉS: ¿Usted no tiene frío, Profesor? ¿No siente frío? Como si estuviera metido en una tina helada...

PROFESOR: Estás desabrigado. ¿Desde qué hora saliste a buscarlo? ANDRÉS: Llegué del colegio a las tres y no estaba.

PROFESOR: Tanto frío y tú sólo en camisa.

ANDRÉS: ¿Usted también siente el frío? (Tocan) Mi mamá. No abra.

PROFESOR: Tranquilo.

ANDRÉS: ¡Dígale que yo no tengo la culpa! (Se cubre la cabeza con una manta).

XIII

La puerta se abre, ahora en la casa de Andrés. Aparece el abuelo de pie en el umbral, chorreando agua.

ABUELO: ¿Dónde está ese chiquillo de mierda? MAMÁ: Papapa, ¿dónde está Andrés?

ABUELO: Tengo frío. Que me traiga mis pantuflas.

MAMÁ: ¿Qué haces todo mojado? ¿De dónde vienes? ¿Y mi hijo?

POLICÍA: Lo encontraron en la playa y lo trajimos en patrullero.

MAMÁ: ¿Y mi hijo? ¿No estaba con él?

POLICIA: No nos dijeron. Lo sacamos del muelle, metido abajo entre los pilotes. Casi se ahoga.

MAMÁ: Viejo loco, ¿dónde está mi hijo? ¿¿Dónde?!

ABUELO: El mar es grande, el fuego avisa, el aire lo hace crecer y la tierra se los come a todos.

MAMÁ: ¿¿Dónde esta Andrés!?

XIV

El Profesor abre su puerta. Un vecino asoma.

UNA VECINA: Profesor, están buscando al niño.

PROFESOR: ¿Su mamá?

UNA VECINA: Dicen que el abuelito...

PROFESOR: ¿Qué pasó?

UNA VECINA: Ya lo encontraron. Está con pulmonía.

PROFESOR: Andrés, despierta. Regresó. Vamos a tu casa.

XV

Recostado al borde de la cama, Andrés acompaña al abuelo. Luego se sienta y lo toma de la mano.

ANDRÉS: No creas que me he dormido, abuelito. Te estoy cuidando. Si me hubieras llevado no estarías así. ¿Por qué no dices nada? Siempre hablas de noche, dormido. Pero hoy... (Pausa) ¿no estarás...? (Silencio) No puedo. Tengo miedo. (Silencio. Pasos) ¿Quién está ahí? ¿Quién es? Abuelo, mira... ¿Mamá? ¿Papá? ¿Quién eres? (De pie)

MIGUEL GRAU: Soy Miguel Grau. Vengo del mar. ¿Dónde está mi viejo barco?

ANDRÉS: Tú estás muerto, ya te hundiste.

MIGUEL GRAU: Yo sigo navegando por el revés de la noche. Y necesito un marino.

ANDRÉS: El no es marino. Es bombero. Está viejito, ya no puede hacer nada...

MIGUEL GRAU: Mañana me lo llevo a buscar a los perdidos. Él sabe ganar guerras. Los chilenos no van a poder con nosotros.

ANDRÉS: ¿Pero no lo ve?

MIGUEL GRAU: Mañana vengo por él. Duerme y sueña con el mar, niño. Nadie entiende el destino de los héroes. Abrígate, niño, estás temblando.

Transición.

XVI

Andrés y el abuelo duermen en sus camas. Mamá los cuida. Andrés despierta. MAMÁ: Pobrecito. Este viejo loco va a volver loco a mi hijo.

ANDRÉS: ¿Mamá?

MAMÁ: ¿Andrés? ¿Quieres venir conmigo? Mejor no. Tienes que cuidarlo.

ANDRÉS: ¿Tu crees en los sueños, mamá?

MAMÁ: ¿Por qué?

ANDRÉS: Es que soñé...

MAMÁ: No me cuentes. ¿Estás bien?

ANDRÉS: Sí. ¿Y tú? Qué raro...

MAMÁ: ¿Que no esté durmiendo? Ya no quiero dormir más. Mira: yo misma lo bordé.

ANDRÉS: El árbol está chueco.

MAMÁ: Seguramente, pero yo lo hice. Mira mis dedos: parecen alfilereros. ANDRÉS: ¿Quieres que te cure?

MAMÁ: Tengo que llegar temprano.

ANDRÉS: Entonces no voy al colegio.

MAMÁ: ¿Puedes faltar hoy?

ANDRÉS: Para cuidarlo, sí.

MAMÁ: Cobro y voy a comprar hilos. Y tengo que ver algunas cosas para la casa... Y los remedios de papapa... ¿Cómo se le ocurrió irse hasta allá? (Andrés se encoge de hombros. Pausa)

ANDRÉS: Hay que vigilarlo para que no se escape.

MAMÁ: Con esa fiebre no puede ni pararse. A las 5 vinieron a ponerle otra inyección. Si se pone mal...

ANDRÉS: ...le aviso a la vecina.

MAMÁ: Descansa. Ayer te asustaste. No va a pasar nada, mi amor. Chao. (Sale)

ANDRÉS: Chao. (Pausa) Abuelito, ¿estás soñando?

ABUELO: Ya voy. Ya agarré el bote.

ANDRÉS: ¿Dónde estás?

ABUELO: En el mar de sangre. Es una bandera. Mira la espuma en el centro.

¿Dónde estás, Moisés? ¿Por qué no gritas?

ANDRÉS: Abuelo, descansa...

ABUELO: ¡Grita, mierda, que no te veo!

ANDRÉS: No está, abuelito, no hay nadie...

ABUELO: ¡Grita, carajo!

ANDRÉS: ¡No hay nadie!

ABUELO: (Llora dormido)

ANDRÉS: No te vas a levantar. Te voy a amarrar a la cama. Estás caliente.

ABUELO: ¿No ves el fuego? Mírala, me está llamando. Mendieta, déjala en paz. Ella viene por mí, la mujer de espuma. Voy remando en una tina por un mar de incendios.

ANDRÉS: Abuelo... no me des miedo... ¿Abuelo? ¡Abuelo! (Se acerca asustado. De espaldas, le habla sin mirarlo) ¿Qué estás soñando, abuelo?

XVII

El Profesor ante sus alumnos, en clase.

PROFESOR: A ver, este poema quiero que lo lea el alumno Barco. ¿Alumno Barco?
¿No ha venido? (Pausa. Suspira) Entonces lo leo yo.

Donde acaban los mapas de la pena
no se acaba el Perú, como tampoco
se acaban los gemidos de este loco
que ve en el horizonte una cadena.

Del corazón del mundo nace un grito
llamando a mi país que no contesta.
No termina en lo oscuro la floresta:
lo no reconocido es infinito.

Qué conjunto asombroso de accidentes,
cuántos muertos y plumas y durmientes
han formado el gran río que se adentra

en la conciencia de este Dios dormido
que confundió la gloria y el olvido.
No se acaba el Perú. Mas no se encuentra.

XVIII

El abuelo uniformado, con una medalla en la mano, habla con la sombra de
otro bombero.

Señor Comandante General del Cuerpo de Bomberos del Perú, nombrado en 1917 y
muerto en 1943, representado por el oficial Oscar Mendieta. Con la mayor cortesía
lo he convocado a este sueño porque me veo en el imperativo moral de

retornarle la Medalla al Valor que me entregara en 1929, y a pedirle castigo ejemplar para un impostor y mal bombero, el que habla. ¿Se acordará de mí? Cabo Salvador Barco, Medalla al Valor, imagínese: ¡si he sido un cobarde!

¿Recordará cómo me la dieron? Yo tenía 20 años cumplidos y uno de voluntario cuando ocurrió el gran incendio. Y aunque dicen que arriesgué mi vida, que di todo de mí, que entré al fuego a salvar gente como quien se mete a una tina, es falso. Hasta meterme en una tina me resultó... tan difícil. Sí, saqué tres o cuatro personas, tal vez 20, pero no fue nada del otro mundo. ¡40 cuadras ardiendo daban tantas oportunidades de ser héroe! Pero en medio de todo yo pecaba. Estaba enamorado y en vez de salvar más personas me distraía pensando en ella. Vivía frente a mi casa, en Santa Beatriz. Yo la veía todas las noches desde mi ventana. Su ropa caía, mis manos se mojaban y mi boca se secaba. Nunca llegué a hablarle. Era tan pura, tan blanca, tan ajena. Tenía 16 años y no sabía que la espiaba. Pensaba en ella cuando apagaba una casa, una carreta o lo que sea. Por eso ponía tanto ardor en mi tarea. Por eso gané la medalla que hoy devuelvo porque esconde mi pecado, mi pasión, mi cobardía. Yo mojaba rescoldos pensando que la cubría, que la besaba, ella era la llama y yo la manguera. Y en esa época esperaba esta medalla, la ceremonia, las fotos en el diario La Prensa para ganarme aunque sea una mirada de ella, un poco de amor calladito y lejano. Eso me hizo correr cuando oí la alarma, salí del bar, llegué a la Bomba, me vestí y me dijeron: "¡40 cuadras arden!" Y yo respondí para ella, en silencio: "hoy por ti me hago héroe". Salimos de rojo los bomberos de moco negro y casi me muero al ver que esas 40 cuadras eran ¡las de Santa Beatriz! Me metí primero a mi casa y luego a todas las de su cuadra salvando a tanta gente nada más para que parezca casual nuestro encuentro en la última puerta, esa que calculé no iba a quemarse hasta que nos encontráramos, yo con el agua verde, ella con sus lenguas rojas. ¡Por eso quiero devolver esta medalla! ¡Porque el cálculo me falló! Cuando llegué a su puerta, la casa estaba vacía. Su gato corrió encendido como un vómito del infierno, las cortinas, el techo y la alfombra se volvían humo y luz delante de mí y yo no podía gritar su nombre porque no lo sabía! Llegué al último ambiente: un baño de pino con una gran tina al centro, y allí, cubierta de agua,

estaba ella entre la espuma, los ojos húmedos, invisible y tímida. "Salga", grité, "yo la salvo!" Pero ella no se paraba porque estaba desnuda, y me di cuenta que prefería morir antes que mostrarse así. Entonces le dije: "le doy mi ropa si usted quiere..." y ella se acurrucó más entre el jabón y sus hervores, le dio miedo imaginarme desnudo, yo temblaba y la casa también, y caía mi sudor ardiendo como caían las vigas, y entonces, Mendieta, Señor Comandante, no supe qué hacer, no resolví nada mientras la tina burbujeaba y mi traje se blanqueaba, y ella levantó un dedo como pidiendo apoyo, pero la casa se vino abajo y no recuerdo más.

Amanecí hospitalizado, vivo de milagro, pero ella nunca apareció. Se la comieron las brasas y yo durante años me culpé de mi duda y de su muerte, y cada 10 años lloré y sufrí en sueños por ella, viéndola con el dedo arriba. Cuando cumplí 60 me percaté de que debí desnudarme y entrar con ella en la tina, debí morir mojado y abrasado para no pasar el resto de mi vida en ascuas, debí apretarla para irnos juntos a la Gloria o al Infierno. Esa es mi carga, Señor Comandante. Una culpa tan horrible que ni siquiera tiene castigo. Cuando cumplí 70 soñé que esta medalla me hería el pecho y me ampollaba los dedos, porque no la merezco. Y si la devuelvo hoy es porque he prometido, en un sueño final, encontrarme con ella. Volví a verla, ¿sabe? Y me di cuenta de que su dedo en alto no era un pedido sino una cita: espérame en el cielo, como el bolero, allá te veo. Y desde entonces busco un atajo para llegar a ella. Y desde entonces busco a mi hijo y lo busco a usted. Para encargarle a mi nieto, que está medio loco, y a mi nuera la fastidiosa. Para devolverle este escudo inútil, porque ella me espera desnudo, Señor Comandante. Ojalá nomás que usted no se moleste ni haga sonar sirenas, porque apenas nos abracemos... se va a incendiar el cielo.

Gracias por todo, Mendieta, Comandante. Hasta pronto.

XIX

Andrés escribe. Se da la vuelta y se sorprende. El abuelo se ha levantado y se viste, a duras penas.

ANDRÉS: Abuelito... ¿a dónde vas?

ABUELO: Qué tal pregunta: ¿no escuchas el radio? Las seis de la tarde, hora oficial peruana de la Marina de Guerra.

ANDRÉS: Estás con fiebre. Estás mal.

ABUELO: Pero no estoy peor. (Se calza)

ANDRÉS: Si sales, te vas a morir. Duerme.

ABUELO: Dormir, morir, ¿qué tanto te preocupas? ¿Eres hombre o qué? ¿Qué tanto escribes? ¿Cartas? Los que escriben no saben estar solos. Miedoso, déjame pasar.

ANDRÉS: No, no te vayas.

ABUELO: Ya salió la luna roja. Mañana a las doce se cumple el año, es hoy o mañana. Me dejas salir o te pego.

ANDRÉS: Pégame. ABUELO:

¡Sal de ahí! ANDRÉS: No tienes correa.

ABUELO: Sal, niño loco, déjame pasar.

ANDRÉS: ¡Espera! ¡Yo te acompaño!

ABUELO: ¿Y tú para qué sirves?

ANDRÉS: De a dos, en pareja, ¿no dijiste? (Pausa)

ABUELO: Tú no eres mi nieto. ¿Vas a venir? (Sonríe) Tenemos que ir. Mendieta, en el carro te explico. Si no voy acabo junto al diablo, ¿te imaginas cómo se cansa un bombero en el infierno? ¿Qué haces?

ANDRÉS: Termino mi carta.

ABUELO: Mendieta, mujeriego, apúrate que se cae el techo. Pero no le pidas perdón: cuando empiezas a pedir perdón ¡no acabas nunca! ¿Y tu bicicleta?

ANDRÉS: Mi mamá la vendió.

ABUELO: Entonces nos vamos en la 28. En el camino te explico. Yo llevo el pito. ¿Sabes nadar?

ANDRÉS: No.

ABUELO: No importa: Dios te enseñará.

XX

Mamá y su empleador.

MAMÁ: ¿Cómo que la mitad? ¿Acaso estaba tan mal? ¿Y por qué me las recibe? Porque las va a vender, ¿verdad? ¿A mitad de precio? Bueno, me voy a corregir, pero deme lo que sea... ¿Banderas? Ya. Sí. ¿Es más fácil? Mire cómo se mueven, qué viento, ¡qué frío! ¿No siente como si alguien le soplara el cuello? Huele a mar, ¿verdad? ¿Qué estará haciendo mi hijo? Escuche, esa música... esa canción... (Se angustia) Deme lo que sea pero rapidito, por favor. Es que me ha dado frío. ¡Mire cómo bailan las banderas! ¿Y esa música de dónde sale? Sólo falta que toquen la puerta, como ese día... (Pausa) Ya vengo.

XXI

El PRofesor toca la puerta de la casa de Andrés.

PROFESOR: ¡Andrés! ¡Andrés Barco!

Toca. Espera en silencio.

Andrés aparece y lee su carta.

ANDRÉS: Querida Sandra del Uruguay:

¿Cómo estás? Yo estoy bien pero mi abuelito no tanto. Anoche se metió al mar y casi se ahoga, y ahora se está yendo a Ventanilla de nuevo. Creo que sospecha que mi mamá lo quiere internar y quiere cumplir su sueño antes de mañana. Como pasado se cumple un año del accidente de mi papá lo quiere buscar en el mar. No puede pasar del año porque según mi abuelo el alma se condenaría. Quiere que lo ayude y voy a ir con él para cuidarlo. De paso vamos al correo y te dejo esta carta bien corta porque tengo apuro. Ya me explicó su plan y creo que está fácil. Mañana te cuento qué cosa pasó. ¿Cuándo me contestas? Dime si crees

que los sueños se cumplen. Ojalá mi mamá llegue tarde hoy.

MAMÁ ¿Andrés? ¿Papapa?

ANDRÉS: Si no nos encuentra se va a asustar...

PROFESOR: Yo estoy tocando hace media hora...

MAMÁ Profesor... ¿dónde se han ido?

ANDRÉS: Chao, nos vemos, me despido con cariño, Andrés.

MAMÁ: ¡Andrés! ¡Andréeeeees!

El Profesor la toma de la mano y sale con ella.

XXII

En el muelle de pescadores de la playa de Ventanilla.

ABUELO: Lo han amarrado más cerca. Hay que llegar al bote. ANDRÉS: Pero la puerta está con candado...

ABUELO: Por abajo, de tronco en tronco...

ANDRÉS: No te metas, abuelito... te va a dar pulmonía...

ABUELO: ¿Y entonces cómo, Mendieta? Está cerca. Me duele todo. ANDRÉS: ¡Abuelito!

ABUELO: No pasa nada, es el humo, Mendieta. Anda tú primero.

Baja. ANDRÉS: ¿Tú me esperas? No te pares. Si voy yo, ¿te quedas quieto? ABUELO: Sí.

ANDRÉS: No te levantes y voy, ¿sí? Yo voy. Yo bajo. El agua está fría. Te dejo mis zapatos. Yo no sé nadar, abuelito.

ABUELO: Si no lo salvamos nos jodemos. Sé hombre, carajo, ¡sé hombre!

ANDRÉS: Pero tú no te metas, ¿ya? Yo voy. Salto y caigo cerca, y luego me agarro... Sí puedo. Sí voy a poder. Sólo un salto. Uno. Dos. Tres.

Salta y se hunde en el mar.

ABUELO: Mendieta... ¿a dónde vas? No te veo.. No te veo. (Vuelve a caer sentado y se desmaya)

Música intensa. Andrés lucha con el mar. Aparecen los futbolistas y la mujer de velo blanco.

Patalea, resopla, llora tratando de gritar y salvarse.

Cae en la orilla y se queda quieto. Silencio.

Brota del agua una sombra.

SOMBRA: Andrés, soy Jonás. Salí de la ballena para llevarte a la orilla.

Flota, ven... Vamos, arriba, no te hundas...

ANDRÉS: No te conozco. No voy contigo.

Otra sombra se acerca al salir la primera.

SOMBRA: Andrés, soy Gepetto, el papá de Pinocho. A mí también me comió la ballena buscando a mi hijo. ¿No me quieres acompañar?

ANDRÉS: ¿Adónde?

SOMBRA: ¿Ves la luz? Es mi fogata. Esa luz nos va a salvar.

ANDRÉS: No quiero. Tengo miedo.

SOMBRA: Sólo es frío. Ven y te calentarás.

ANDRÉS: Eres un cuento. Vete.

La sombra desaparece y aparece otra más grande. SOMBRA: Andrés... ¿sabes quién soy?

ANDRÉS: ¿Miguel Grau?

SOMBRA: Vengo a cuidarte. El mar no es para los niños. Yo te voy a defender. Tu pobre abuelo se quedó en la orilla. Tú lo salvaste, niño valiente. Vamos con los héroes, ven.

ANDRÉS: ¿Cuál es tu barco?

SOMBRA: La noche. ¿No tienes sueños? Te llevaré cargado. Duerme, ANDRÉS:. A todos nos toca descansar. El único que no duerme es el mar. Oscuridad.

XXIII: El padre ausente.

El padre aparece delante del telón y habla a platea.

PAPÁ: A ver, ¡arriba las ganas! (Ríe) ¿Qué cara de muerto es esa, si el único muerto soy yo?! ¿Qué tanto lloran, si ya aparecí? Soy yo, señoras y señores. Soy Moisés Barco, y vengo a decirles que no me busquen más. Y a cambiarles la cara,

también, qué feos se ponen, ¡mozo! ¡Chela para todos! (Ríe)

Así era nuestra vida, todo el año viajábamos, cada dos o tres domingos, para jugar de visitantes. Por eso me gustaba ser contador del equipo, para conocer el Perú a fondo mientras le hacía barra a mi Alianza Lima. Y para conocerlo bien a fondo tenía una hembra en cada ciudad. ¿No ven que yo era contador, y a las hembras les gusta el cuento? (Ríe)

Así era mi viejo también, yo me acuerdo...

Éramos como los marineros: teníamos un amor en cada estadio.

En Piura una negrita, Pocha. En Arequipa una universitaria, en Tumbes... en Cuzco... pero la mejor era la pucallpina.

Qué rica charapa. Malena se llamaba.

Llegábamos a provincia y ahí estaban las noviecitas, en el terminal, en el aeropuerto. Íbamos a la cancha, reconocíamos el lugar y en la noche, antes de las chelas, todos estábamos en una cama con nuestra chibola. Algunos chiquillos eran tranquilos, otros eran fieles, pero los mayores éramos pendejos. Qué risa. (Ríe) Pensar que me siguen buscando. Si supiera mi mujer... Hay situaciones que te hacen feliz mientras son secretas, pero apenas alguien se entera, sufres, sufres... (Suspira)

Malenita me dio la idea. "Quédate conmigo, vente a vivir al monte conmigo, móntame todo el día, pégame si quieres pero sácame de mi casa y hazme tuya, escapémonos ya". Malenita me contaba que sus viejos la zurraban, como mi papá a mí cuando él llegaba borracho.

La chibola nunca me llevó a su casa, mejor, ella tenía 19 añitos y los señores podían sospechar, la gente en provincias es bien cerrada. Menos Malenita. (Ríe) Además, tengo pinta de casado, ¿no? ¿De qué tengo pinta? "De pendejo", me decía ella, y nos reíamos. Qué rico era cansarse encima de su cuerpo, qué contraste con mi casa, mi viejo con arteriosclerosis, mi mujer siempre triste, siempre debiendo, mi hijo medio zonzo escribiendo en un cuaderno, pensando el pobre que lo que escribe es chistoso...

(Suspira) ¿Hay algo malo en querer ser feliz? ¿Tomarse una chela, tirarse una hembra, contarse unos chistecitos, qué tiene de malo? ¿A quién le hace daño la

felicidad? Pero en Lima todos éramos opacos, grises. Y pensar que mi barrio de perdedores se llama La Victoria. Allá en Pucallpa era otra cosa, la sangre hierve, todo se te para, todo, de veras. Ella sabía que hacer para convencerme. En tres visitas me metió la idea en la cabeza. "Mira -me dijo- es fácil: agarras la plata del estadio mientras están jugando, te compro una libreta electoral con nombre falso y nos vamos en el avión que lleva a Puerto Maldonado, o en lancha nomás, del muelle al infinito". Todos los muelles te llevan al infinito cuando estás enamorado. Cuando la volví a ver, me decidí. La muy viva había comprado un maletín negro igualito al mío. Ya tenía el plan: lo llenaba de piedras, me lo entregaba y yo le pasaba el firme, el que tenía el billete. Corría a comprar mi documento falso y listo, fácil, allá todos los narcos tienen libreta falsa. Iba al aeropuerto, compraba los pasajes y yo llegaba a las 5 en punto. 5 y media salíamos a Puerto Maldonado y Lima, si te vi, no me acuerdo. (Ríe) Yo le dije que sí, sólo verla me emborrachaba de felicidad, me convenció, ¿cómo iba a dudar entre una chica de 19 añitos y la gorda que tengo en la casa? Nueva vida, nueva mujer, otro mundo. Ni siquiera sentí remordimiento, a la mierda, dije, me corto el pasado como quien se corta... el pelo. (Ríe)

Esa noche me destrozo en la cama, feliz, enamorada como yo, nos mirábamos y salían chispas... (Suspira. Pausa)

Bajé después al barcito, a la vuelta del hotel. Pucallpa estaba vacío con tanto terrorismo y tantos narcos. La gente vivía asustada, y a nosotros nos daba miedo chupar con un militar, ¿y si nos ponían una bomba? Es que íbamos en un avión de la Marina y los pilotos eran navales, pero igual chupaban. Esa noche todos estábamos felices, menos el utilero Echevarría y el copiloto, Estrada. En medio de la borrachera, el chato Echevarría me jala a un costado y me dice con su voz de pito: "chochera, ¿tú me puedes prestar billete?" "¿Cuánto?" le pregunté, "porque no he traído mucho"

"No seas huevón, hombre" me dijo, "el billete de la taquilla". "Ni hablar", le dije, "el equipo es sagrado y su plata también".

"En Lima te devuelvo", insistió, "acá me han ofrecido un pase tremendo, meto la vaina entre la ropa y lleno el avión de coca, en Lima la merco al toque y te pago,

¿sí?"

"No."

"Te doy intereses. ¡Te pago el doble!"

"No, enano", le grité, "no". Me miró con odio y con miedo, como pidiéndome que no le cuente a nadie. Pensé que me iba a cagar la fuga, si a medio partido se metía en la boletería y no me encontraba... pero no. El pobrecito murió en el avión, no hubo ni que buscarlo porque flotó abrazado a las pelotas de fútbol. (Ríe. Suspira. Pausa) Y el otro raro también me pidió plata, el copiloto.

"Barco, ¿me puedes ayudar?" me dijo. Me explicó que a su mejor amigo, otro naval como él, lo habían mandado a la selva y los terrucos lo habían matado. Quería comprar armas y reclutar gente para vengarse, y para eso me pidió plata de las entradas, prestada. Qué prestada, ¡regalada! Le dije que no y me contestó con rabia: "igual mañana no vuelo, me quedo a matar terrucos" y me amenazó con malograr el avión para que se caiga si no le daba la marmaja. Igual le dije que no y quedé como un valiente. ¡Claro pues, si yo sabía que no iba a subir a ese avión! (Ríe)

Dormí como un niño y al otro día, serio, callado, llegué al estadio, conté la plata de la taquilla y llené el maletín. Ella apareció y cambiamos la maleta al toque. Nadie nos vio. Le di un beso y la despaché rapidito porque quería largarme ya. A las 4 y 20 tomé un taxi al aeropuerto y cuando llegué, no estaba. Es que no es fácil hacer una electoral. Y encima sin mi foto, pensé en ese momento: si no le he dado mi foto, ¿qué cara voy a tener en ese documento? (Ríe) Me reí esperándola. A las 5 salía el avión a Madre de Dios y a las 6 el que regresaba a Lima con el equipo.

4 y media: nada.

4 y 40, me preocupé. ¿Y si la asaltaron? Era flaquita, chatita, si le robaron me jodí, pensé.

10 para las 5 y nada. Me desesperé. Creí que la habían matado, que en ese mismo momento los choros la estaban violando. El avión a la selva estaba retrasado pero ya había llegado. No supe qué hacer y corrí hacia la pista, paré una mototaxi y le pedí que me lleve a la calle Mundo. Ella me había dado su

dirección, aunque nunca fui, porque sus papás...

Mundo 169.

Corrió el mototaxista, llegamos a la calle y buscamos el número. (Ríe) Qué risa, carajo, qué gracioso. "No existe" me dijo, aunque ya hace rato que me había dado cuenta.

"¿Y no hay otra calle Mundo?" le pregunté hecho un huevón, y él me remató diciendo: "no señor, no hay más mundo que este".

La calle estaba llena de putas, de mariconcitos y hotelitos baratos, y yo sentía que todos se reían de mí. Y yo también me reía. Volví al aeropuerto por si acaso, subí y bajé del avión que iba a la selva pero ella, obviamente, no estaba. Se había hecho humo con la plata. Su historia era falsa. Sus papás, su amor, seguro que hasta los gritos en la cama eran falsos. (Pausa) No sé por qué me buscan. (Suspira. Silencio. Silba)

Me senté a silbar en el water del aeropuerto con mi maleta llena de piedras y decidí no subir al avión. ¿Se imaginan llegar a Lima y que me metan preso por choro, por ratero, por estafar al club de mis amores? Y peor, ¿qué explicación iba a dar? Mi mujer se iba a enterar de que había querido largarme con una amante, los demás se iban a reír de mí, no sabía a dónde largarme, pero al avión no subía ni de vainas.

Y de repente... de repente sentí una palmada en el hombro. Una mano chiquita, cariñosa, tibia. Levanté los ojos y... ¿saben a quién vi? (Pausa)

Al utilero. Ya eran las 6 y media, en el fokker ya estaban los jugadores y sólo faltaba yo. Pensaban que me habían asaltado, tres policías vinieron asustados, me levantaron de los brazos y yo temblé. Uno me alcanzó la maleta y me dijo: "¡cómo pesa! ¡Está llena de plata! ¡Y usted la deja en el piso como si nada!" Me reí nomás. Me escoltaron hasta la escalera. El utilero me miraba con cara burlona, y en la ventana vi al copiloto. No había desertado. ¿Y el otro habría comprado la coca? Qué va, sueños de borracho.

Y entonces subí al avión.

Busqué un sitio al fondo y me acomodé. Y al ponerme el cinturón de seguridad me lo crucé en la barriga, sujetando con él también la maleta negra. No quería

que la abran ni de broma. Pensaba en cómo iba a explicar todo. Y de repente, no sé por qué, se me ocurrió que era culpa de mi viejo. Él me había celebrado siempre la pendejada, él siempre había tenido otra hembra, incluso delante de mi abuela se paseaba con las sinvergüenzas. Él me enseñó a chupar, él me hizo aliancista, él debería estar buscándome ahora y no mi hijito, pobrecito, tenías que venir tú, ¡viejo de mierda! ¡Viejo asesino! ¡Lo mataste como mataste a mi primer hijo! ¿Qué edad tenía yo, 18? ¿17? Y cuando te enteraste hiciste abortar a mi novia, que se volvió loca por tu culpa, y su viejo me sacó la ñoña, y tú no hiciste nada, ¡nada! ¡Tú siempre odiaste a los niños! ¡A mí siempre me amenazabas con venderme, con darme en adopción! ¡Yo hice todo lo que me enseñaste para caerte bien, para ser patas, para vivir en yunta, en pareja como los bomberos de los que tanto hablas! Pero no. Siempre me trataste como a un leproso, a un perro. Y a mi hijo lo basureaste, y mira cómo acabé. ¿Para qué me buscan, carajo? ¿No se dan cuenta de que nunca voy a aparecer? Estoy al fondo, amarrado a una maleta llena de piedras, llena de odio, llena de rabia contra ti. Y mira lo que ha pasado, mi pobre hijito...

(Suspira. Retoma)

Subí al avión, me senté y me amarré. Me reía solo como un loco, y lloraba con disimulo. Me había quedado sin amor, sin familia, sin libertad, sin plata, sin equipo...

Y de repente el avión comenzó a sacudirse. Afuera sólo oscuridad. Adentro se apagaron las luces. "El mar de Grau", pensé, "un buen Barco muere en el mar". Y me reí porque si el avión se caía, al único que le iba a convenir era a mí. De repente, a la derecha, vimos afuera una bola de fuego. Y abajo apareció otra, paralela, al mismo tiempo. Allí nos dimos cuenta de qué cerca estaba el agua: la otra bola de fuego era un reflejo. Me abracé a la maleta. El avión reventó. Nos hundimos. Todos pataleaban, lloraban, se peleaban con el agua. Yo estaba tranquilo. Me quedé callado. Me acordé de ti.

XXIV

Frente al mar de Ventanilla, junto al muelle.

PESCADORA: ¡El niño está en el agua, miren! Abajo del muelle...

PESCADOR: Hace rato que lo están buscando...

PESCADORA: ¿Y el abuelo?

PESCADOR: Se lo han llevado a su casa....

PESCADORA: ¡La mamá, llámenla! ¡Está por allá, en la playa!

PESCADOR: Una sombra se lleva al niño...

PESCADORA: (Se santigua) Ay Dios mío...

PESCADOR: Es un hombre, mira, lo está agarrando...

PESCADORA: ¡Lo está trayendo!

PESCADOR: Vamos, vamos...

El Profesor, mojado, vuelve del mar con Andrés en brazos. Lo reanima. Andrés respira.

MAMA: ¡Andrés!

Lo abraza.

PESCADORA: ¿Usted sabía que estaba ahí?

PROFESOR: Él me contó.

MAMÁ: Gracias, Profesor... (Él carga al niño, ella lo ayuda)

XXV

En un cuarto de hospital. Médico, Mamá y Profesor.

DOCTOR: El niño no tiene nada. Está descansando. Sabe Dios cómo hizo para no ahogarse.

PROFESOR: Estaba flotando.

MAMÁ: Pero no sabía nadar.

DOCTOR: Está fuera de peligro. El que me preocupa es el abuelito, tiene pulmonía. ¿Cómo lo dejan irse a la playa en ese estado?

MAMÁ: Se escapó.

DOCTOR: Además está golpeado.

PROFESOR: ¿Lo habrán asaltado?

DOCTOR: Le han pateado las costillas, la espalda. ¿Quién lo encontró? (Pausa)

MAMÁ: Yo. Tirado en la arena.

DOCTOR: Y por él encontraron al niño.

MAMÁ: No. El no quiso ni hablarme.

PROFESOR: Yo encontré al chico.

DOCTOR: El viejo... no sé... tal vez esta noche... (Silencio)

MAMÁ: Yo me quedo, doctor. (Silencio)

XXVI

La mujer de velo blanco llama con el dedo a alguien, desde fuera de escena.

En el centro aparece la cama del abuelo, flotando hacia ella. Él lleva un pijama a rayas azules.

La mujer ríe y baila.

Oímos barras, multitudes, gente en el estadio.

Aparece a un lado otra cama con ANDRÉS: dormido. La mujer lo señala.

El viejo mira al niño con desprecio y va hacia ella.

La mujer lo detiene y lo hace caer. El abuelo en su cama yace ahora junto al nieto.

La mujer de velo blanco desaparece.

Quedan dos cuerpos inertes en dos camas blancas en un cuarto de hospital.

XXVII

Mamá, sentada entre las camas de su hijo y del abuelo, cose banderas. Entra el Profesor.

PROFESOR: Buenas tardes.

MAMÁ: Buenas.

PROFESOR: ¿Cómo durmieron?

MAMÁ: Ellos, muy bien.

PROFESOR: Y usted, nada. ¿Cuántas banderas ha cosido?

MAMÁ: Más de veinte. ¿Y esa pelota?

PROFESOR: Un regalo para él.

MAMÁ: Ah. (Suspira)

PROFESOR: Descanse un momento.

MAMÁ: No puedo. Anoche quise, pero...

(Silencio) PROFESOR: ¿No se han despertado?

MAMÁ: Andrés ya comió. El viejo habla dormido.

PROFESOR: ¿Usted lo golpeó?

MAMÁ: ¿Perdón?

PROFESOR: Anoche, cuando lo encontré. ¿Usted lo golpeó, cierto? ¿Y al niño lo golpea también?

MAMÁ: No, no, fue... un arranque. Es que él lo metió al mar, estoy segura. Nunca lo quiso. Nunca quiso a nadie. Profesor, no piense mal de mí...

PROFESOR: Disculpe. Es que no me gustaría que Andrés...

MAMÁ: Él me habla de usted, bastante. Lo quiere mucho. PROFESOR: Me dijo que quiere ser Profesor.

MAMÁ: Todo quiere ser. Cartero, futbolista, contador, bombero... (Vencida) Este viejo tiene la culpa. Toda la plata se me va en sus remedios, y sus locuras afectan a mi hijo...

PROFESOR: Su hijo es fuerte, señora. ¿Señora?

MAMÁ: El sueño me gana.

PROFESOR: Duerma, duerma. Mañana regreso. (La mujer duerme sentada. El Profesor la cubre con una bandera y con otra tapa a Andrés). Estás temblando, Andrés. Mejórate. Cuando te levantes te prometo que jugamos un partido. (Deja la pelota y sale).

XXVIII

La mujer de velo blanco silba su canción.

La cama del abuelo se mueve y todo lo demás desaparece.

Con su radio en la mano, el abuelo vuela en su cama. Oímos el ruido de un avión.
Silencio.

Vuelve a oírse la ovación del público.

El abuelo, vestido de futbolista, baja de la cama. Calienta el cuerpo dando saltitos saludables, alegres.

La mujer lanza papel picado y serpentinas.

El público ovaciona al abuelo.

El abuelo toca el piso y se persigna. Levanta los brazos con euforia y gira, saludando a las tribunas. Ha dejado el radio en el suelo y al lado, el silbato.

La luz se apaga, excepto sobre él. La ilusión se esfuma, la música de espanto del inicio de la obra vuelve a sonar. Los fantasmas aparecen de pie detrás del viejo, que se cubre la cabeza con los brazos.

La mujer de velo blanco muestra una tarjeta roja. El abuelo mira y entiende.

Suena una canción aliancista: "Se va, se va..."

El abuelo vuelve a persignarse y decide salir. Cae más papel picado.

Los muertos se desvanecen.

Una voz microfónica comienza una vieja frase que no finalizará. VOZ

"Atención, cambio en el equipo de Alianza

Lima..." El estadio grita.

CORO

¡Abuelo, corazón! ¡Abuelo, corazón!

El abuelo sale entre vítores, por la platea. Desaparece llevando de la mano a la mujer de velo blanco.

Un bombo en la tribuna suena como un corazón. Un electrocardiógrafo pita indicando el final.

Sólo quedan en el escenario el pequeño radio portátil y el silbato. Oscuridad.

XIX

En el cuarto del hospital, el niño despierta de golpe, sentándose en la cama.
Suenan en una radio cercana una voz marcial.

VOZ

18 cero-cero horas. Hora oficial peruana controlada por la Marina de Guerra.
Se levanta tratando de no despertar a Mamá. Se acerca al abuelo. Va a tocarlo pero tiene miedo y desiste.
Toma la cartera de su mamá. Saca un lapicero y algunas monedas. Se abriga con cualquier cosa y sale, llevándose la pelota.

En otro punto de escena, escribe una carta.

ANDRES: Querida Sandra del Uruguay:

Mañana se cumple un año desde que se cayó el avión de mi papá. Ayer fui con mi abuelito y no pudimos meternos al mar, y anoche en sueños me dijo que sin flotador no se puede hacer. Hoy día vuelvo a ir. Estoy llevando una pelota porque flotan bien, y voy a buscar cualquier bote para irme por él. Ojalá no me pierda. Yo no creo que encuentre nada pero siento que debo ir, se lo prometí a mi abuelito y cómo él está muy enfermo quiero cumplir la misión. Llevo el pito como dijo mi abuelito. El se queda durmiendo porque tiene fiebre. Yo también estoy mal. Ya me voy. Tengo náuseas. Ojalá mi mamá mande esta carta, la escribí mientras ella dormía y la metí en su cartera. Y ojalá que algún día me respondas. Nos vemos. Voy y vengo. En la próxima te cuento.
Firma : Andrés Barco

XXX

El niño se va, dejando la carta y llevando silbato y pelota. Toma una prenda de

abrigo al salir.

Los muertos silban la canción triste.

El Profesor se levanta sonámbulo.

PROFESOR: Estoy soñando con fútbol. Todo el Perú piensa en fútbol. Los niños duermen en el colegio y sueñan que meten un gol, que campeonan, que se lucen. ¿Qué peruano no sueña con eso? Pero nada se cumple. El Perú es un país de sueños donde todos siguen dormidos. El Perú es un mendigo sentado en una bomba de tiempo. El Perú es una fiesta donde no dan comida.

Una silla cae.

Hay que despertar a los niños. Si se duermen en clase ya nunca regresan. Hay que apagar los televisores, hay que cantar en la calle...

Un cuadro cae. Los muebles tiemblan.

¿No ven que se juntan las paredes y se cierran las fronteras? Ya no hay que soñar, hay que levantarse. Que no se callen las campanas. Que suenen las sirenas de los bomberos. Basta de muertos colgados en las paredes. El Perú no tiene paredes.

Sáquenle las sábanas. Ábranle los ojos. ¿No ven que estamos dormidos?

La casa tiembla. Los muertos silban.

PROFESOR: (grita) ¿No ven que estamos dormidos?!

XXXI

Música, viento, olas.

En un muelle a oscuras, apenas alumbrado por un pequeño foco amarillo, un niño aparece. Lleva puesta una camiseta del Alianza Lima.

Se esconde. Pasan pescadores, vigilantes, sombras.

Al irse, reaparece. Avanza hacia un bote, lo desamarra y se prepara a saltar.

ANDRES

En este me voy.

Se abraza a la pelota y se arroja al agua negra.

Oscuridad. Olas. Silencio.

De repente, chapoteos. Alguien nada. Luego silencio y después, remos que se

abren paso débilmente sobre el agua.

Se siente, apenas audible, el silbato triste del niño desesperado.

En el centro de escena aparece Andrés, sentado en su bote, mojado, remando.

La pelota está con él. Rema. La luz lo aísla. Los extremos de cada remo se hunden en las tinieblas.

ANDRES: Ahora sí te voy a encontrar, papá. (Sopla el silbato)

¿Papá? ¿Qué haces metido en la oscuridad?

Hace mucho rato que estoy remando. Antes de las doce te tengo que encontrar. No quiero tener miedo nunca más. No quiero que desaparezcas. ¿Por qué no regresaste? Voy a aprender a jugar bien, ya verás, voy a ser escritor, vas a estar contento.

Las olas me dan miedo. La oscuridad.

Me da miedo pensar que te has ido y estar hablando con el aire.

Me da miedo creer que no estás. Si te has ido, ¿por qué no te despides? No quiero llorar todas las noches, papá. No quiero ver así a mi mamá. Si tú estuvieras la noche sería blanca. El agua estaría tibia. Habría más luna, papá, y no esta luna roja que da miedo. Yo hubiera cambiado para ti, hubiera aprendido a jugar mejor. A silbar como tú. Siempre me decías de chico, cuando íbamos al estadio: "si te pierdes, silba. ¡Silba fuerte y te encontraré!" Y como no sabía me compraste el silbato, ¿te acuerdas? Escucha: estoy silbando.

(Sopla el pito) Tú
me enseñaste.

(Sopla)

¿Quieres que silbe con la boca? (Trata) Me sale, ¿no? (Silba mal la tonada triste que oyó en el tocadiscos) Esa canción te gustaba. Mamá me ha escondido el disco. ¿Cuándo vas a regresar para bailar con ella? ¿Cuándo vas a aparecer, aunque sea para decir que ya no vuelves?

¿Cuándo?

(Pausa)

Me canso, papá... ¡me canso!

¡No puedo seguir remando!

(Pausa)

¿Dónde estoy? Me voy a perder si no apareces. Me voy a morir por tu culpa, papá. ¡Aparece!

¿Cómo voy a encontrarte si no se ve nada? Silba, papá. (Silencio) ¡Silbaaaaa!

Deja de remar, cansado y desolado. Mira al vacío. Sopla el pito, ya sin aire. Se cansa nuevamente y se hace un largo silencio.

De repente, gritos de hombre alrededor del niño.

Manos secas y fuertes brotan de la oscuridad y se aferran de los bordes del bote.

ANDRÉS: se cubre la cara, espantado. Las manos jalan la embarcación y tras ellas aparecen cuerpos negros vestidos con prendas raídas. Son hombres que lloran acazantes mientras trepan al bote de Andrés.

UN HOMBRE: Suban todos... ¡nos salvamos!

LOS OTROS: - Nos encontraron, Virgencita santa...

- ¡Milagro!

- ¡Y sin luna!

UN HOMBRE EMOCIONADO: Somos pescadores, del "Santa Rosa tercero"... ¡hace un mes que estamos perdidos!

OTRO: Pensamos que ya nadie nos iba a buscar...

OTRO: Hay motor... está bueno... ¡y tiene combustible!

OTRO: Pensamos que nos íbamos a morir... y mira quién nos salva...

OTRO: A las doce de la noche... ¡mira mi reloj, hijito!

EL PRIMERO, AGRADECIDO: Quién te ha mandado, papito? (Sonriente, tomándole el rostro) Dime: ¿quién te mandó?!

Lo abrazan sin esperar respuesta. Algunos lloran. Otros ríen incrédulos. Uno de ellos abraza a ANDRÉS; otro enciende el motor. El bote parte hacia la luz.

XXXII

Andrés escribe su última carta.

Querida Sandra del Uruguay:

al final no encontré nada, pero pasó algo muy bueno. He salido en los periódicos porque salvé a unos pescadores sin querer. Te mando el recorte con mi foto. Mi mamá me compró bicicleta y ahora saldré a pasear con mi antigua vecina, ¿te acuerdas que te conté?. Después voy a jugar fútbol con mi nueva collera, porque la Beneficencia nos ha dado una casita a dos cuadras de la Plaza Grau y nos hemos mudado. Pero sigo en el mismo colegio con un PROFESOR: buena gente que siempre viene a visitarnos a la casa. Mi mamá le cocina y encima los dos me ayudan con las tareas. También me regalaron un mapa gigante del Perú y lo he colgado en mi cuarto. Todavía tengo pesadillas, pero todos dicen que no hay que hacerles caso. Ahora quiero ser marinero, o de repente corredor de autos. Mi mamá dice que así de locos somos los de mi familia, y que me va a cuidar mucho porque soy el último de todos. Pero sin que se dé cuenta, yo soy el que la cuida a ella. Ahora cose escarapelas. Te mando una. Feliz Navidad.

Con cariño, ANDRÉS: Barco.

Guarda la carta, el recorte y la escarapela en un sobre de aristas blanquirrojas. La mete en su bolsillo, monta su bicicleta y sale.

Tras él ha entrado un cartero muy viejo con un sobre blanco y celeste. Lo estira hacia el niño que se aleja sin tomarlo y luego lo dirige hacia el público, buscando quién lo reciba.

Telón.

César de María. Correo electrónico: cesardemaria@gmail.com³⁹

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2007

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar